

Siempre hay un regreso

Pablo Brescia

A modo de disculpa le pregunté si creía en los amores a primera vista.

—Claro que sí —me dijo—. Los imposibles son los otros.
Gabriel García Márquez, “El avión de la bella durmiente”

VOLVÍ DESPUÉS DE CINCO AÑOS. Y regresé deliberadamente allí. Camino por mi barrio, que está tan igual, siempre distinto. Recorro a paso lento y con una sonrisa de gusto amargo el lugar que inundaba los ojos de mi niñez. Las casas son de paredes bajas, blancas algunas, grises otras. Las rejas negras se interponen entre el perro de turno y el caminante desprevenido. El asfalto inhóspito alterna con las calles de tierra. Como la mía. Memorias debajo del polvo: piedras a los camiones que pasaban de cuando en cuando; partidos de fútbol con arcos y pelota inventados en el momento; la nube marrón que preludiaba el arribo de las visitas; el barro feliz durante las lluvias de invierno; el agua que no permanece en la tierra durante los veranos. Intento atrapar esas imágenes y fracaso. Como el agua frente al polvo eterno de mi calle.

Allí, tantas veces, Ana.

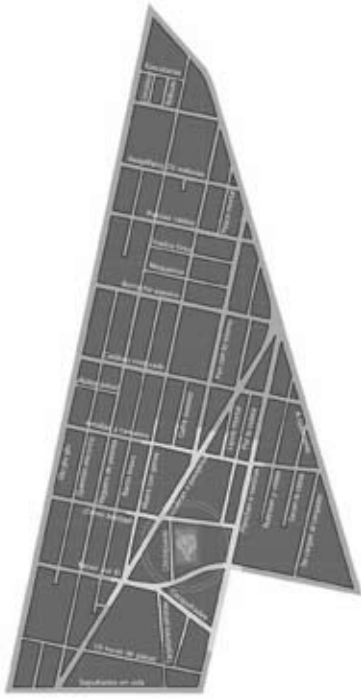
Yo lo había esperado, sin saberlo, todos estos años. No podía ser de otra manera. Los que dicen que ya pasó, que ya fue, que es otra etapa... no sé. Me había aferrado al recuerdo que me transportaba a la turbulencia de las pasiones que no conocen explicación o cuestionamiento. Era él quien se había perdido en mi pelo, quien me había acariciado los ojos, quien me había tocado, quien me había hecho respirar entrecortadamente. Nos conocimos cuando éramos muy chicos y, al volver a vernos, yo casi mujer, él un poco hombre, fue suficiente. Me entregué, es cierto. No en mi virginidad.

Pero sí fui suya; sólo pensaba en él. Alejandro no me quería como yo; ¿hay alguien que quiera exactamente igual que el otro? Aquella tarde, en una plaza, yo de guardapolvo blanco, él de uniforme azul y gris, me pidió que lo besara. Nunca había hecho eso (buscar los labios del otro y no que buscaran los míos). Salimos: él, ganador; yo, vibrante.

Qué fácil fue mojar cuerpos, intercambiar almas. Te quería, sí. No lo sabía entonces, porque me desbordaba por tu cuerpo, me dolían tus ojos, me estremecía tu pelo, tus labios me encallaban en una isla maldita... y yo no aprendía a nadar. Te sabía mía, por mí y para mí. Sin embargo, nunca comprendí muy bien cómo pedirte que me dejaras entrar. En el paredón blanco, dos cuerpos, yo contra vos, yo apretando, vos, hasta ahí, yo tocándote, vos, no, por favor, yo, te quiero, vos, también, yo, dejame, vos, no, yo, húmedo, vos, húmeda, los dos cansados, rojos, insatisfechos. ¿Por qué no? Porque no. Tenías sabor a leche de campo: fresca y un poco rancia. ¿Qué recuerdo? La anticipación de la espera: que me dijera que vendría al otro día y que yo contara las cuerdas primero, los pasos después. Crudos abrazos contra el paredón de mi casa. Su sed combatiendo la mía; mis largas y delgadas lanzas cruzando su escudo; mi miel virgen rozando su roca implacable; sus plumas inexpertas acariciando desconocidos frutos coronados de cantos.

Tantas veces allí, Alejandro. Un buen (mal) día me dijiste que te ibas. ¿A qué viniste, Alejandro?

Llegué esa mañana a que enfrentáramos nuestro final, a decirte que no te volvería a ver, a confesarte que lo nuestro igual se estaba acabando. Lloraste, lloramos, como tiene que ser. Y me fui. Ahora estoy de vuelta. Porque el pasado hay que resolverlo de algún modo.



Yo seguí viviendo, no te olvidé, pero seguí. Conocí al otro, ese que se parece tanto a vos, pero que no es. Me quiere, me mimas. No siento como antes, como en las noches del paredón. En la vida las situaciones se repiten, los deseos no. A él lo quiero, sí, porque me quiere mejor que lo que lo quiero a él. ¿Se entiende? No me puedo aferrar a un sueño, a una foto, a una carta. Y ahora venís vos, por las callecitas de tierra, a preguntar por mí, a buscarme, un día antes del casamiento, un día antes de tu nueva partida. ¿A qué viniste, Alejandro?

Esa otra mañana no la encontré. Me dijeron que no estaba, que no vivía más ahí. No me acuerdo quién me atendió. Miré el cielo: el sol me dio de lleno en la cara y comprendí que no habría redención. A la dureza del desarraigo había que sumarle el golpe a los recuerdos y al escape del perdón.

Lo llamé a la tarde.

—¿A qué viniste, Alejandro?

—...

—¿Alejandro?

—Ana, tenés la misma voz.

—¿Por qué fuiste allá?

—Quería verte. Necesito hablar.

—Pero... ¿No te dijeron?

—¿Qué?

—Nada. ¿Para qué querés verme?

—¿Vos no tenés ganas de verme?

—...

—Bueno... no sé... entonces...

—Escuchame. Nos encontramos a las nueve en la Plaza Once.

—Listo. Chau, mi amor.

—...

Viajo hacia el destino final. Me siento extraño, como si me desplazara en el tiempo, como si este encuentro fuera a revelarme cosas insospechadas. Quiero que me abrace, que me cuente su historia. Desaparecen los árboles, los pasajeros siguen ausentes, me muevo incómodo en el asiento y trato de no pensar más.

¿A qué viniste, Alejandro? ¿A arruinarme la vida? ¿Y vos, para qué vas, Ana? ¿No te das cuenta de que la memoria nunca se recupera, que el tiempo destruye hasta la ilusión más preciada? ¿Qué vas a hacer cuando lo veas? ¿Qué le vas a decir?

Llego y casi enseguida aparece ella. Está linda, con el pelo azabache y los ojos verdes que sueñan en noches luminosas. Él está igual que siempre, un poco más viejo, un poco más bajo. Durante un rato no le digo nada. Que pregunte ella. Yo tampoco quiero abrir la boca. Hay mucho para contar, poco para decir.

Caminamos. Subimos despacio, abrimos la puerta. Es el momento de la unión, aunque sea por esa noche de turno que nos dan en el hotel. Cuarto de mala muerte, claro. El cristal pequeño deja ver la languidez de los edificios de la capital moviéndose con lentitud. Nos desvestimos en silencio. Nos reconocemos en los gestos. Nos besamos con angustia. Nos tocamos, casi rechazándonos. Anudamos los cuerpos y dejamos las almas en la silla, junto a la pollera blanca y el pantalón gris. Hay una luz amarillenta y leve, pero no nos vemos.

—Yo tendría que haber sido el primero.

—...

—¿Te gusta así?

—...

—Cuántas veces te imaginé como ahora, conmigo.

—...

—Mi amor...

—...

—¿Qué te pasa?

—...¿A qué viniste Alejandro?

—Apagá la luz. Mañana hablamos. •

Pablo Brescia (Buenos Aires, 1968) es doctor en lengua y literatura hispánicas por la Universidad de California, Santa Bárbara y profesor de literatura latinoamericana en la Universidad del Sur de la Florida. Ha publicado *La apariencia de las cosas* (UNAM, 1997) y diversos relatos en revistas literarias de México y Estados Unidos.